

Y no hubiera podido saberse, con certidumbre, por qué Salvador, parado en una esquina de barrio silencioso y distante, á las tantas de la noche, abría los brazos, desesperado, y en el vacío agitábalos; pues lo mismo podía ser á consecuencia de que nunca daba con Carolina, que de infinita piedad por lo que tardaba en despertar y esperezarse ese Mar Muerto de las conciencias, energías y fuerza que roncaba ignorante y ebrio dentro de las pocilgas negras y cerradas, que, parecía se quejaban sordamente al través de las resquebraduras de sus paredes y sus puertas.

De estas peregrinaciones infructuosas que le acicateaban el anhelo — ¡sincero al fin! — de dar con Carolina, vino á sacarlo el aviso de Covarrubias:

— ¡He descubierto á tu novia-fantasma! La tienes empleada en la fábrica de ácidos de la Vega...

La propia tarde, en un simón encaminóse Salvador hasta las afueras de la tal fábrica, que se yergue sobre las aguas del manso canal enfermizo y glauco. Dentro del simón, púsose á observar el ingrato edificio que simula claustro pobre, mientras contaba los minutos que aún faltaban para las seis y contaba á par las respiraciones rítmicas de las calderas que lanzaban por los tubos de desahogo, próximos á la chimenea altísima, chorros de humo blanco evaporados á corta altura; respiraciones idénticas á jadeos angustiosos de persona muy cansada que implora descanso porque no puede más, kiries rogatorios á la chimenea altísima, apenas coronada de penacho de humo negro, que se acostaba en los aires y vaga semejanza prestaba al inmueble con barco monstruoso é insensible que sin piedad hacia los sufrimientos de su tripulación, bogara lentamente rumbo á sabe Dios qué fondeaderos de reposo y premio que no alcanzan á divisarse y á los que ignorara si alguna vez arribaría...

A las seis, pitó el silbato; los jadeos de los tubos de desahogo se apagaron, súbitamente, y los obreros y empleados, vestidos de ropas burdas, de sombras que con el crepúsculo se adueñaban del conjunto, salieron en tropel, confundidos los hombres, las mujeres, los niños. Sólo la chimenea continuó coronada de su penacho negro, que se acostaba en los aires.

Como Salvador no viera entre el grupo mujer ninguna de sombrero, ó de traje que la diferenciara de las que se iban con los granujas inquietos, ó con los adultos que las abordaban, ó en unión de otras mujeres que no devolvían las chanzonetas ni los adioses toscos de manos que tiraban de los rebozos, que pellizcaban caderas y espaldas, Salvador apeóse del simón para mirar más de cerca... ¿Habría descendido Carolina hasta aquel lamentable extremo?...

Ordenó al cochero que lo siguiera, despacio, y, sin recatarse, echó á andar, de prisa, por bajo los árboles de la acera, con el proyecto de llegar al fin de la calzada y estacionarse en la esquina donde el tranvía se detiene á esperar pasajeros para Peralvillo. A unos cuantos pasos de tal sitio se instaló Salvador, apoyándose en el pretil carcomido del puente, y ansiosísimo determinando á cada uno de los obreros y obreras que desfilaban por su frente, después de que él se les hubo adelantado.

En los comercios de la populosa barriada se encendían las luces. La de los focos de arco de la calzada y de las calles, previos dos ó tres titubeos, rasgó la obscuridad de la noche que galopaba por los cielos.

...Con entrambas manos tuvo que asirse al pretil, al distinguir á Carolina en el acto identificada... sí, era ella, sí; su mismo andar cadencioso; su mismo cuerpo, su cuerpo ligeramente vencido, no tan enhiesto como ayer...

F. GAMBOA

Junto á él pasó, sin verlo, viendo al tranvía que ya no podría alcanzar, que se alejaba repiqueteando su timbre metálico...

En cuanto Salvador se recuperó, tras ella se fué temeroso de que le repudiara, de que se negase á perdonarle, de que no quisiera creerlo...

—¡Carolina! ¡¡Carolina!!...

La pobre mujer, al volver el rostro, encontróse con que Salvador, muy cerca de ella, sólo la contemplaba arrepentido y mudo.

Animado él con que la chica no huyera, ni llamara á un gendarme, ni le rechazara—¡la infeliz, como hipnotizada, no podía tampoco articular palabra!—se descubrió, y tendiendo su diestra, en voz muy baja de remordimiento y ruego, preguntóle:

—¿Quieres perdonarme?...

Nada repuso Carolina; llegóse trabajosamente á un árbol y en el tronco recargó su cuerpo. Luego, se cogió el corazón, que sin duda le palparía fuera de medida ó mucho doleríale, y, por último, abrazado al tronco para no caer y apoyando en el árbol la frente, rompió á llorar, un llanto que causaba poco ruido y que mucho la sacudía con sus sollozos sofocados...

Salvador, entonces, se le acercó más, hasta empinarse por cima de su hombro y al oído susurrarle un raudal de palabras que brotaban de sus interiores adoloridos de desgraciado, á las que intercalaba, á modo de ritornelo quejumbroso, su demanda de perdón:

—¡Perdóname, Carolina, dime que me perdonas!... ¡Si supieras lo que he pasado!...

Carolina seguía llorando, menos sollozos ahora que lágrimas.

Y lo que Salvador había imaginado, eso aconteció:

RECONQUISTA

Carolina, pasivamente, dejábase llevar; dejó que Salvador la sostuviera, estrechándola el talle; dejó que le reclinara la cabeza encima de su pecho duro de varón fuerte, como antes, como cuando novios; dejó que fuera acariciándola toda, hasta las mejillas empapadas que él púsose á enjugarle... Ante aquel dolor hondo y tan heroicamente sufrido, también Salvador enmudeció, adivinó el calvario por que habría atravesado esa infeliz, callada, sola, más débil que él, más delicada, más expuesta á riesgos y peligros. En aquel instante, los dos perdidos en el lado sombrío del barrio pobladísimo, cuyos inquilinos esparciábase y diseminaban por comercios alumbrados, figones, almacenes de abarrotes, «puestos» á la intemperie con sus farolillos mortecinos; perdidos allí, en el borde del canal que se desliza con apagado rumor de reptil venenoso y traicionero que inficciona la ciudad con su ponzoña, Salvador se juró á sí mismo una porción de honradeces, de regeneraciones, de desagravios. Y seguro de que lo perdonaban, de que quizá habíanlo perdonado de tiempo atrás, cual si escapara con oro en paño, así cargó con Carolina, hasta el simón que curioseaba la escena muda, con la luz sanguinolenta de sus faroles de aceite, apostado bajo un árbol vecino.

¿Hablar?... Ya hablarían, después, más tarde, siempre, al narrarse mutuamente las desdichas de sus vidas. Ahora, conformábanse con palparse, con sentirse tan cerca uno del otro; á él, antojándosele un sueño que de nuevo lo aceptarían; á ella, antojándosele un milagro aquella vuelta, ese repentino reaparecimiento de quien le había hurtado, con la pureza que no retoña nunca, su juventud y su cariño.